

han venido las persecuciones que hace diez años sufrimos. Pues bien, acaso de la Francia nos vendrán en lo futuro los socorros y los consuelos. Desde Carlo-Magno ha sido siempre la Francia la protectora mas útil y menos molesta para la iglesia. Allí domina á la sazón un jóven extraordinario y difícil de juzgar todavía. Muy en breve, no lo dudeis, habra reconquistado á Italia. (Aun no se habia dado la batalla de Marengo) acordaos de que él protegió á los sacerdotes en 1797, y de que ha tributado recientemente los honores funebres á Pio VI. Testigos fidedignos nos han repetido las singulares palabras que le han oido pronunciar sobre la religion y sobre la corte de Roma. No despreciemos los recursos que por este lado se nos presenten. Convengamos en una eleccion que no pueda ser considerada como hostilidad contra la Francia, sino que hasta cierto punto pueda convenirle, y quizas hagamos una cosa mas útil para la iglesia, que pidiendo candidatos á todas las cortes de Europa.

Aquello era ciertamente una vislumbre de ese genio de la corte romana, que habia de despedir todavía algunos brillantes destellos al principio de este siglo. Monseñor Consalvi pronunció entonces el nombre del cardenal Chiaramonti, obispo de Imola. No cabia mejor eleccion para el objeto que se proponia. El cardenal Chiaramonti, natural de Secena, de cincuenta y ocho años de edad, pariente de Pio VI, elevado por él á la púrpura romana, gozaba del aprecio general por su talento, su instruccion y sus virtudes. A estas dotes reunia gran firmeza de carácter, y se le habia visto luchar con una constancia victoriosa en épocas

anteriores contra las intrigas de su órden, la de San Benito, y contra las persecuciones del Santo oficio. Su acto mas reciente y célebre era una homilia hecha en calidad de obispo de Imola, cuando su diócesis fué agregada á la República Cisalpina. Habia hablado entonces de la revolucion francesa con una moderacion que no pudo menos de agradar al vencedor de Italia y escandalizar á los fanáticos del antiguo régimen. Respetado sin embargo por todo el mundo, contaba con las simpatías del partido de Braschi, no repugnaba al partido contrario, convenia á todos los cardenales cansados de la larga duracion del cóncilave, y parecia acertadamente elegido á los que esperaban mucho de la buena voluntad de la Francia para el porvenir. La inesperada adhesion de un personaje ilustre decidió su nombramiento, que por lo demas no encontró verdadera dificultad, sino en su propia resistencia á tamaña honra. Aquella adhesion fué la del cardenal Maury, célebre campeón de la antigua monarquia francesa, que se habia retirado á la corte romana donde vivia, premiado con el capelo por sus contiendas con Barnave y Mirabeau. Era emigrado, pero emigrado dotado de extraordinario talento y superior juicio, que acogia con satisfaccion secreta la idea de adherirse al gobierno de la Francia cuando la gloria rescatase la novedad de este gobierno. Disponia de seis votos y los dió al cardenal Chiaramonti, quien fué elegido papa casi al mismo tiempo de la llegada del general Bonaparte á Milan por el camino de San Bernardo.

Hallábase en Venecia el nuevo pontífice, no habiendo podido obtener de la corte de Viena que

se le coronase en San Marcos, ni de la corte de Nápoles que se le restituyese á Roma. Sin embargo, habiendo salido casi de improviso para trasladarse á Ancona, negociaba en esta ciudad la evacuacion de los Estados de la iglesia, y su propio regreso á la capital del mundo cristiano. En esta situacion precaria mostrándose la Francia benévola con la Santa Sede, podia prestarle un apoyo muy útil, y confirmarse de una manera repentina la singular previsioa de monseñor Consalvi. Aquel encuentro del cardenal Chiaramonti y del primer consul, el uno elevado al trono pontificio y el otro á la dictadura republicana casi al mismo tiempo, no podia menos de ser uno de los acontecimientos mas sorprendentes y fecundos en resultados de aquel siglo.

Siendo el jóven Bonaparte en 1796 un mero general sometido al Directorio, y no pudiendo atreverse á todo, ni teniendo aun la pretension de dar lecciones á la revolucion francesa, habia sostenido al papa por el tratado de Tolentino, y solo le habia retirado las legaciones para trasladarlas á la República Cisalpina. Ascendido hoy á primer consul, dueño de hacer lo que juzgase conveniente, y decidido á poner mano en gran parte de las cosas consumadas por la revolucion francesa, no podia vacilar en su conducta respecto al pontifice recién elegido. Apenas hubo regresado á Milan, vió al cardenal Martiniana, obispo de Verceli amigo de Pio VII, y le declaró que estaba resuelto á llevarse bien con la Santa Sede, á reconciliar la revolucion francesa con la iglesia, y aun á sostener esta contra sus enemigos, si el nuevo papa se mostraba razonable y comprendia bien la

situacion de la Francia y de todo el mundo. Esta frase deslizada al oido del anciano cardenal, no debia ser perdida, y pronto daria frutos abundantes. El obispo de Verceli mandó salir para Roma á su propio sobrino, el conde Alciati, á fin de entablar las negociaciones.

A aquellas proposiciones quiso añadir el general Bonaparte un acto mucho mas atrevido, acto que no hubiera intentado siquiera en París, pero que se complacia en hacer llegar á Francia desde lejos, como una señal de sus intenciones futuras. Los italianos habian preparado un solemne *Te-Deum* en la antigua catedral de Milan. Quiso asistir á él, y el 18 de junio (29 de pradiel), escribió estas palabras á los cónsules: «Hoy á pesar de lo que puedan decir nuestros ateos de París, voy de gran ceremonia al *Te-Deum* que se canta en la metrópoli de Milan.» (*Archivo de la secretaria de Estado.*)

Despues de haber atendido de este modo á los asuntos generales de Italia, dió algunas disposiciones indispensables sobre la distribucion del ejército en el pais conquistado, sobre su mantenimiento y reorganizacion. Acababa de incorporársele Massena, quien depuso su enojo ante la lisonjera acogida que encontró en el primer consul, y recibió el mando del ejército de Italia á que era acreedor por tantos titulos. Componíase este ejército del cuerpo que habia defendido á Génova bajo las órdenes del mismo Massena, del que habia defendido el Var, de las tropas que habian bajado por el monte de San Bernardo, y de las que á las órdenes del general Moncey, habian venido de Alemania, formando todas estas fuerzas la masa

imponente de ochenta mil soldados aguerridos. El primer consul las situó en las fértiles llanuras del Pó á fin de proporcionarles descanso é indemnizarlos de sus privaciones con la abundancia de que iban á gozar.

Con su acostumbrada prevision mandó el primer consul volar los fuertes y ciudadelas que cerraban las comunicaciones entre Francia é Italia, y en su consecuencia se dispuso y llevó á cabo la demolicion de los fuertes de Arona, Bard, Serravalle y de las ciudadelas de Ivrea y de Ceva. Fijó el modo y la cantidad de las contribuciones que debian servir para sustentar al ejército, mandó salir para Francia á la guardia consular, calculando las jornadas de manera que pudiese llegar á París para la fiesta del 14 de julio, la cual, segun sus intenciones, debia celebrarse con gran pompa, y tomándose en el mismo Milan el cuidado de arreglar los pormenores de esta fiesta.— Es necesario, escribia, esmerarse en hacer brillante la solemnidad del 14 de julio, y cuidar de que no *remede* los regocijos públicos que ha habido hasta el dia. Las carreras de carros podian ser muy buenas en Grecia donde peleaban subidos en carros; pero entre nosotros no tendria significacion alguna. (Milan 22 de junio.—*Archivo de la secretaria de Estado*). Prohibió que se erigieran arcos de triunfo diciendo que no queria *mas arcos de triunfo que la satisfaccion pública*.

Si el primer consul, á pesar de lo urgente que era su presencia en París, se habia detenido en Milan diez dias, lo hizo para asegurarse bien de la fiel observancia del convenio de Alejandria. Desconfiaba de la buena fé austriaca y hasta cre-

yó observar alguna dilacion en la entrega de ciertas plazas. Reprendió inmediatamente la debilidad de Berthier, y le mandó detener á la segunda y tercera columnas del ejército de Mr. de Melas. La primera ya se habia puesto en marcha. Podian concebirse temores, especialmente acerca de Génova, por si los austriacos intentaban entregarla á los ingleses antes de que los franceses penetrasen dentro de sus muros. Con efecto, el principe de Hohenzollern, espontáneamente ó instigado por los ingleses, se negaba en aquel momento á entregar á las tropas de Massena una plaza, que tanto trabajo la habia costado conquistar. Noticioso Mr. de Melas de aquellas dificultades, insistió con leal empeño en su propósito de obtener de su lugar-teniente la ejecucion del convenio de Alejandria, amenazándole si se resistia, con abandonarle á las consecuencias que pudiese acarrearle aquel acto de deslealtad. Las palabras de Mr. de Melas fueron atendidas, y el 24 de junio fué entregada la plaza de Génova á los franceses, en medio de la alegria de los patriotas ligurianos libertados en tan pocos dias de la presencia de los austriacos y de la dominacion de los oligarcas. De este modo se cumplió la predileccion de Massena.—Os juro que volveré á entrar en Génova antes de quince dias.

Hecho todo esto, salió el primer consul de Milan el 24 de junio con Duroc, su ayudante de campo predilecto, Bessieres, comandante de la guardia consular, Mr. de Bourrienne, su secretario, y Savary, uno de los dos oficiales que en memoria de Desaix habia agregado á su persona. Detúvose algunas horas en Turin para disponer

ciertos trabajos que habian de ejecutarse en la ciudadela, atravesó el monte Cenís y entró en Lyon por debajo de arcos triunfales y en medio de una población maravillada de los prodigios que acababan de hacerse. Los lioneses, tan entusiastas de la gloria como de la política del primer consul, invadieron la posada de los Celestinos donde se habia apeado, y se empeñaron en verle á todo trance. Tuvo pues necesidad de presentarse á ellos, lo cual verificó entre las unánimes aclamaciones de la multitud. Rogáronle con tantas instancias que colocase la primera piedra en la plaza de Bellecour, cuya reconstrucción iba á principiarse, que hubo de dar su consentimiento. Pasó en Lyon un dia entero, en medio del numeroso gentío que para verle y admirarle habia acudido de todos los pueblos de las cercanías y partió para París despues de haber dirigido á los lioneses palabras que los entusiasmaban, sobre el próximo restablecimiento de la paz, del orden y del comercio. Por todas partes obstruían su tránsito los habitantes de las provincias que corrían presurosos á contemplarle. Aquel hombre tan favorecido á la sazón por la fortuna, gozaba completamente de su gloria, y conversando entre tanto sin cesar durante el camino con sus compañeros de viage, les dirigió estas notables palabras que pintan exactamente su insaciable amor de fama.—Si, les dijo, he conquistado en menos de dos años al Cairo, á Milan y París, y sin embargo si mañana muriese, no ocuparía media página en una historia universal.—Llegó á París en la noche del 2 al 3 de julio.

Su regreso era necesario, porque alejado de la

capital cerca de dos meses, habia su ausencia dado márgen á que se renovasen varias intrigas, especialmente á consecuencia de las falsas noticias, que habian circulado sobre la batalla de Marengo. Habíanle creído por un instante muerto ó vencido, y los ambiciosos habian puesto manos á la obra; pensando unos en Carnot, para la presidencia de la República y otros en Mr. de Lafayette, que habia salido de Olmutz, y entrado en Francia por beneficio del primer consul. Por lo demas ni Mr. de Lafayette, ni Carnot tenían la menor parte en aquellas intrigas, lo cual no impidió que José y Luciano Bonaparte concibieran contra el segundo, aunque con sobrada injusticia, recelos de los cuales hicieron participar á su hermano. De aquí provino la inoportuna resolución que el primer consul realizó mas tarde, de separar á Carnot del ministerio de la guerra. Tambien se habia creído notar que MM. de Talleyrand y Fouché, que se odiaban mutuamente, habian propendido no obstante á reconciliarse, sin duda para ponerse de acuerdo y aprovecharse juntos de los sucesos. Nada se habia llegado á descubrir entonces en Mr. Sieyès, que era el que generalmente se designaba para figurar en primer término en el caso de que el general Bonaparte desapareciese de la escena, pues era el único que guardaba una reserva absoluta. Por lo demas, apenas hubo tiempo para dar principio á tales intrigas, por la extraordinaria celeridad con que se habian sucedido las faustas nuevas, borrando la impresion de las malas. Exajeróse sobre manera lo que habia pasado al referirselo al primer consul, quien esperimentó contra algunos personajes

resentimientos, que supo disimular hábilmente, y hasta olvidar del todo, respecto de todos aquellos á quienes habian acusado, esceptuando uno solo, el ilustre Carnot. Por otra parte abandonado el primer consul enteramente á la alegría de sus triunfos, no quiso que el mas ligero disgusto viniera á turbar en aquellos momentos la felicidad pública. Recibió á todo el mundo con agrado y fué recibido con visibles muestras de entusiasmo, especialmente por los que tenian de que acusarse. Al saber su regreso el pueblo de París, acudió en tropel bajo las ventanas de las Tullerías llenando durante todo el dia el jardin y todas la avenidas del palacio. El primer consul se vió obligado á presentarse á la muchedumbre repetidas veces. Por la noche la ciudad de Paris fué espontáneamente iluminada, y no podia ser de otro modo, celebrándose, como se celebraba con entusiasmo, una victoria milagrosa, que podia considerarse como el presagio seguro de una paz tan ardientemente apetecida. Tan profunda y grata fué la impresion que aquel dia causó al que era objeto de tales homenajes, que veinte años despues, solo, desterrado, prisionero en medio de la soledad del Océano atlántico, lo contaba, al recordar todas sus pasadas aventuras, entre los mas venturosos de su vida.

A la mañana siguiente se presentaron á él los cuerpos del estado, y dieron el primer ejemplo de esas felicitaciones, cuyo enfadoso espectáculo se ha visto renovar despues tantas veces y bajo todos los reinados. Este espectáculo era entonces nuevo y en estremo motivado. Vióse, pues, aparecer en la Tullerías á los individuos del Senado,

Cuerpo legislativo, Tribunalado, tribunales superiores, prefectura del Sena, á las autoridades civiles y militares, directores del banco de Francia y por último á los miembros del Instituto y demás sociedades científicas. Aquellas grandes corporaciones acudian á cumplimentar al vencedor de Marengo y le hablaban como se hablaba antes y como se ha hablado despues á los reyes. Pero fuerza es decir que aquel language, aunque uniformemente laudatorio, era dictado por un sincero entusiasmo. En efecto, variado en pocos meses el aspecto de las cosas, reemplazada la turbacion general de los ánimos por una seguridad completa, colocada la Francia, á consecuencia de una victoria inaudita, á la cabeza de las potencias de Europa, calmada la ansiedad de una guerra general con la certidumbre de una paz cercana, y por último anunciándose ya la prosperidad por todas partes, ¿cómo era posible que tantas y tan grandes ventajas, en tan poco tiempo realizadas, no arrebatasen los ánimos de admiracion y alegría? He aquí de que modo el presidente del Senado terminó su alocucion, la cual puede dar una idea de todas las demás:

«Nos complacemos en reconocer que la patria os debe su salvacion, que la República os deberá su afianzamiento, y el pueblo la prosperidad que habreis hecho suceder en un solo dia, á diez años de la mas borrascosa de las revoluciones.»

Mientras tales sucesos pasaban en Italia y Francia, continuaba Moreau su brillante campaña contra Mr. de Kray en las márgenes del Danubio. Le dejamos maniobrando en torno de Ulma á fin de obligar á los austriacos á que abandonasen

aquella fuerte posicion. Habíase situado entre Iller y el Lech apoyando su izquierda y su derecha en estos dos ríos, dando el frente al Danubio y la espalda á la ciudad de Augsburgo, dispuesto á recibir á Mr. de Kray si pensaba atacarle, y obstruyéndole entre tanto el camino de los Alpes que era la esencial condicion del plan general. Si los triunfos de Moreau no habian sido prontos y decisivos, fueron sostenidos y suficientes á permitir que el primer consul llevase á cabo lo que se habia propuesto hacer en Italia. Pero habia llegado el momento en que el general del ejército del Rhin, alentado por el tiempo y por las victorias del ejército de reserva, iba á acometer una maniobra séria para desalojar á Mr. de Kray de la posicion de Ulma. Ahora que sin tener noticia de la batalla de Marengo, sabia el éxito feliz del paso de los Alpes, no temiendo ya tanto descubrir las montañas, gozaba Moreau de completa libertad en sus movimientos. Entre las diversas operaciones posibles para apoderarse de la posicion de Ulma, prefirió la que consistia en pasar el Danubio mas abajo de dicha posicion, y en obligar á Mr. de Kray á levantar el campo, amenazando cortarle su línea de retirada. Aquella operacion era en efecto la mejor de todas, porque la de encaminarse directamente sobre Viena por Munich era demasiado atrevida para el carácter de Moreau, y acaso prematura, atendido el estado general de los negocios. La de pasar el rio por mas arriba y muy cerca de Ulma para apoderarse á viva fuerza del acampamento de los austriacos, era arriesgada como todo ataque de viva fuerza; pero pasar por mas abajo de Ulma y

amenazando á Mr. de Kray con cortarle su línea de retirada, obligarle á recuperarla; era la operacion mas prudente y al mismo tiempo mas segura.

Del 15 al 18 de junio se puso Moreau en movimiento para ejecutar su nuevo proyecto. La organizacion de su ejército como ya hemos dicho, habia recibido algunas alteraciones á consecuencia de la marcha de los generales Saint-Cyr y Sainte-Suzanne. Lecourbe seguia formando la derecha y Moreau el centro, á la cabeza del cuerpo de reserva. El de Saint-Cyr, que habia pasado á las órdenes del general Grenier formaba la izquierda. El de Sainte-Suzanne reducido á las proporciones de una fuerte division, y confiado al intrépido Richepanse, iba á prestar el servicio de un cuerpo de flanqueadores, y al punto recibió orden de observar á Ulma, mientras se operaba por mas abajo.

Habíase dado algunos combates cerca de Ulma, especialmente uno el 5 de junio, en que dos divisiones francesas habian hecho frente á cuarenta mil austriacos. Por parte de Mr. de Kray era aquel un medio de tenernos fijos delante de Ulma, ocupándonos allí sin descanso. El 18 de junio se hallaba Richepanse á la vista de Ulma, Grenier en Guntzburgo, el centro compuesto del cuerpo de reserva en Burgau, y Lecourbe se estendia hasta Dillingen con la derecha. El enemigo habia cortado todos los puentes desde Ulma hasta Donauwerth; pero á consecuencia de un reconocimiento practicado por Lecourbe, se habia decidido Moreau á elegir los puentes de Blindheim y de Gremheim, para pasar por ellos el Danubio, en

atención á que cortados imperfectamente los puentes por aquellos puntos, era mas fácil su reparación. Confióse á Lecourbe aquella operacion peligrosa, y para facilitársela le reforzaron con cinco batallones del general Boyer y con toda la reserva de caballeria á las órdenes del general Hautpoul. El centro, dirigido por el general en gefe, se trasladó desde Burgau á Aislingen para hallarse en disposicion de favorecer el paso. Grenier con la izquierda recibió orden de hacer una tentativa por el punto que ocupaba á fin de atraer hácia él la atención del enemigo. En la mañana del 19 de junio habia formado Lecourbe sus tropas entre las aldeas de Blindheim y Gremheim, cuyos puentes estaban solo medio destruidos, y tuvo cuidado de guarecerse en la espesura de algunos bosques. Carecia de materiales de puentes, no contando mas que con cierta cantidad de tablones; pero á todo lo que le faltaba suplió con la osadia. El general Gudín á las órdenes de Lecourbe dirigia la tentativa del paso. Situarónse algunas piezas de artilleria en la orilla del Danubio para ahuyentar al enemigo; al mismo tiempo el agregado Quenot se arrojó denodadamente á nado con el fin de apoderarse de dos grandes barcas que se descubrian á la otra orilla. Este valiente oficial las trajo en medio de una lluvia de balas, sin mas contratiempo que una leve herida en un pie. Se habian escogido los mas diestros nadadores de las divisiones, los cuales dejando sus ropas y sus armas en las dos barcas se arrojaron á las aguas del Danubio bajo el fuego del enemigo. Cuando llegaron á la otra orilla, sin tomarse siquiera tiempo para vestirse, cogieron sus armas

y se lanzaron sobre algunas compañías de austriacos, que guardaban aquella parte del rio y las dispersaron, apoderándose de dos piezas de artilleria con sus correspondientes cajas de municiones. Verificado esto, acudieron á los puentes cuyos estribos subsistian todavia, y trabajaron por ambas orillas en colocar escalas y tablones, y en restablecer un medio provisional de comunicacion. Aprovecháronse de aquella coyuntura algunos artilleros franceses para trasladarse al otro lado del Danubio, y fueron á emplear contra el enemigo las dos piezas de artilleria que le habian sido tomadas. Muy pronto se posesionaron de las dos orillas y se restauraron los puentes de modo que pudieran dar paso á la mayor parte de las tropas, cuya operacion principiaron á verificar la infanteria y caballeria. Con razon podia esperarse que subirian con presteza de Danauwerth, numerosos refuerzos austriacos, y que bajarían de todas las posiciones superiores de Gundel-Vingen, Guntzburgo y Ulma. Lecourbe, que se habia dirigido en persona á aquellos puntos, mandó colocar á la infanteria de que él podia disponer, con algunos pelotones de caballeria en la aldea de Schwenningen, que estaba situada en el camino de Danauwerth. Aquel punto era muy importante, pues por allí debian presentarse los austriacos que subieran por la orilla del Danubio. Con efecto no tardaron en aparecer cuatro mil hombres de infanteria, quinientos caballos y seis piezas de artilleria, atacando la aldea que en menos de dos horas, fué perdida y reconquistada muchas veces. Sin embargo la superioridad numérica de los austriacos y su encarnizamiento por apoderarse

de una posición decisiva iban á triunfar de nuestras tropas, y á ponerlas en la necesidad de abandonar la aldea, cuando Lecourbe recibió oportunamente un refuerzo de dos escuadrones de carabineros, cuya fuerza agregó á algunos pelotones del 8.º de húsares que tenía á la mano, y los lanzó contra la infantería enemiga, que se extendía por la vasta llanura á orillas del Danubio. Ejecutóse esta carga con tanto vigor como prontitud, de suerte que desbaratados los austriacos dejaron en nuestro poder su artillería, dos mil prisioneros y trescientos caballos. Dos batallones wurtemburgueses que intentaban resistir formándose en cuadro, fueron derrotados como los otros. Después de esta brillante refriega, sostenida por la brigada de Puthod, Lecourbe no tenía ya nada que temer por el lado del bajo Danubio. Empero no era por aquel punto por donde podían venir los mayores peligros. Hallándose situado el grueso del ejército austriaco mas arriba, es decir en Dillingen, Gundelfingen y Ulma, convenia volverse hacia aquella parte para hacer frente al enemigo, que iba á verificar por allí su descenso. Afortunadamente las divisiones de Montrichard y Gudin, y la reserva de Hautpoul habían pasado por los puentes de Gremheim y de Blindheim ya restaurados, y guarnecían la célebre llanura de Hochstett, de triste fama para nosotros desde los tiempos de Luis XIV (13 de agosto de 1704). El enemigo que desde los puntos mas inmediatos habia corrido hacia Dillingen á corta distancia de Hochstett, se hallaba situado cerca del Danubio con la infantería á nuestra izquierda, á lo largo de los pantanos del rio, y la caballería reunida en

gran número á nuestra derecha emboscada en un monte. De esta suerte se presentaba en buen orden aguardando los refuerzos que le llegaban y retirándose lentamente para aproximarse á aquellos refuerzos. La 37.ª media brigada y un escuadron del 9.º de húsares seguían paso á paso el movimiento retrógrado de los austriacos. Desembarazado ya Lecourbe, por el combate de Schwenningen, del enemigo que pudiera venir por el bajo Danubio, habia llegado á galope á la cabeza del 2.º regimiento de carabineros, de los coraceros, del 6.º y 9.º de caballería, y en fin del 9.º de húsares, cuyas fuerzas componían casi toda la reserva de caballería del general Hautpoul, que ocupaban el llano separadas del enemigo por una pequeña corriente de agua, el Egga, junto al cual estaba la aldea de Schrezheim. Atravesada Lecourbe la aldea á galope, á la cabeza de los coraceros, los forma á la salida y los lanza sobre la caballería austriaca, que sorprendida por aquella vigorosa y repentina carga se repliega en desorden y deja á descubierto los nueve mil hombres de infantería que debia proteger. Abandonados así aquellos infantes quisieron arrojar á las zanjas que surcan las orillas del Danubio al rededor de Dillingen, pero bien dirigidos los coraceros, cortan la columna y separan de ella á mil ochocientos hombres, que caen prisioneros en nuestro poder.

Ya eran dos combates venturosos los que en aquella jornada se debieron en parte á la caballería, y aun no se habia dado el último. Sitúase Lecourbe junto al Egga, aguardando al resto de sus reservas que llegaban por el puente de

Dillingen, caído en nuestras manos; pero la caballería de Mr. de Kray corría aceleradamente delante de la infantería y se formaba en dos grandes líneas por la llanura detras de Laningen. Aquella era la ocasión de que nuestra caballería se aprovechase del impetuoso arrojó debido á los triunfos de la mañana de aquel día, y midiese sus fuerzas en el llano con los numerosos y brillantes escuadrones del ejército austriaco. Después de disponer Lecourbe, que su infantería ocupe á Laningen, reúne toda la caballería de sus divisiones á la de Hautpoult, y la despliega en la llanura; presentando al enemigo una especie de combate que debía provocarle á causa del número y calidad de sus ginetes. La primera línea austriaca arranca á galope con la uniformidad y aplomo naturales en una caballería muy ejercitada en toda clase de evoluciones. Hace retroceder en efecto al 2.º regimiento de carabineros que con tanta bizarría se había conducido por la mañana, y algunos escuadrones de húsares que con él habían cargado. Entonces avanzan nuestros coraceros y se unen á los carabineros y á los húsares que al verse apoyados hacen cara al enemigo, y todos juntos caen vigorosamente sobre los escuadrones austriacos y á su vez ceden el terreno. A este espectáculo se lanza contra nosotros la segunda línea de caballería enemiga, y como llevase la ventaja del impulso á nuestros ginetes, que se habían desunido en la carga, les obliga á volver aceleradamente, pero el 9.º se hallaba de reserva, y maniobrando con destreza y osadía, acomete por el flanco á la caballería austriaca, la sorprende, la desbarata y asegura á nuestros es-

escuadrones victoriosos la llanura de Hochstett.

No podían ser de mucha consideración las resultasen muertos, heridos ó prisioneros, porque solo son serios los encuentros de la caballería con la infantería: pero como habíamos quedado dueños de la llanura y nuestra caballería acababa de adquirir una superioridad verdadera sobre la de los austriacos, lo cual no había acontecido hasta entonces, desde aquel momento tenían ya nuestras armas un ascendiente irresistible contra las del enemigo. Eran las ocho de la noche, y en los largos días de junio quedaba todavía tiempo á los imperiales para disputarnos la orilla izquierda del Danubio tan gloriosamente conquistada por la mañana. Con efecto, llegaban al socorro de los cuerpos ya vencidos ocho mil hombres de infantería, seguidos por numerosa artillería. Habíase presentado Moreau al frente de sus reservas. Trábase entonces otra batalla mas encarnizada. La infantería francesa acomete á su vez entre balas y metralla á la caballería austriaca. Los soldados de Mr. de Kray que lidian por un objeto tan importante como el de mantenerse en la posición de Ulma, despliegan estremada bizarría. Moreau se halla empeñado muchas veces personalmente en medio de la refriega; pero su infantería, apoyada por la caballería que había vuelto á la carga, queda al fin victoriosa hácia las once de la noche. Al mismo tiempo entraba en Gundelfingen la 37.ª media brigada, y desde entonces estaban ya en nuestro poder todas las posiciones de la llanura. Habíamos pasado el Danubio, hecho cinco mil prisioneros y tomado veinte piezas de artillería, mil doscientos caballos, trescientos car-

ros y los considerables almacenes de Donauwerth. Habia durado la batalla diez y ocho horas consecutivas, batalla que cambiando en gloriosos los tristes recuerdos de Hochstett, era despues de la de Marengo la mas brillante de toda la campaña, honrando del mismo modo á Lecourbe y á Moreau. Este se habia animado lentamente; pero estimulado al fin por los ejemplos dados en Italia, habia ensanchado el círculo de sus miras y planes, y acababa de coger un ramo de laurel de ese mismo arbol, de el que el primer consul habia arrancado tantos y tan hermosos. ¡Dichosa y noble rivalidad si jamás hubiese pasado adelante!

Despues de una operacion tan osada y decisiva por parte de su adversario, no podia Mr. de Kray mantenerse por mas tiempo en Ulma, sin ver interceptadas sus comunicaciones con Viena. Dirigirse contra los franceses presentándoles una batalla era muy aventurado, con soldados en quienes habia infundido tanto desaliento la última jornada. Apresuróse, pues, á levantar el campo aquella misma noche. Mandó pasar delante el parque compuesto de cerca de mil carros, y con el grueso del ejército siguió á la mañana siguiente por el camino de Nordlingen. Marchaba en medio de un temporal horroroso y por caminos que la lluvia habia casi inutilizado del todo. No obstante, fué tal la rapidez de su retirada, que llegó á Neresheim en veinte y cuatro horas. A fin de sostener á sus desfallecidas tropas hizo cundir el rumor de que se acababa de firmar en Italia una suspension de armas que iba á hacerse estensiva á Alemania, debiendo ser la paz su precisa é inmediata consecuencia. Esta noticia difundió la

alegria entre sus soldados, y les dió fuerzas para llegar á Nordlingen.

Moreau supo demasiado tarde la partida del enemigo. Richepanse no pudo apercibirse de la evacuacion de Ulma hasta que se retiraban los últimos destacamentos, y en seguida dió parte á su general en jefe; pero entre tanto los austriacos habian ganado ya la delantera, y el mal tiempo que reinaba hacia dos dias, no permitia alcanzarlos por medio de una marcha forzada. Apesar de todo Moreau llegó á Nordlingen el 23 de junio por la noche, estrechando de cerca la retaguardia de Mr. de Kray, que continuaba retirándose. Viendo que por malos caminos no adelantaria lo bastante para alcanzar al ejército austriaco, y se veria arrastrado á una persecucion infructuosa, adoptó el partido de hacer alto y escoger una posicion calculada con arreglo al estado presente de las cosas. Sin querer Mr. de Kray comunicarle la buena nueva de la victoria de Marengo, que aun no se sabia en el campo de los franceses, dióle no obstante parte de la suspension de armas concluida en Italia, y le propuso que se estipulára otra semejante en Alemania. Sospechando Moreau desde entonces que habian ocurrido grandes sucesos allende los Alpes, no dudando que habian sido venturosos y esperando recibir de un momento á otro un correo que se los comunicara, no quiso estipular nada antes de tener de ellos conocimientos y especialmente de haber conquistado mejores acantonamientos para sus soldados. Adoptó la resolucion de volver á pasar el Danubio, de confiar á Richepanse el cerco de las dos principales plazas situadas junto á